

¡Allez Pran! ¡Allez!

Gisela Díaz

¡Allez Pran Allez!

por Gisela Diaz



# Capítulo 1

## **¡Allez Pran! ¡Allez!**

Domingo siete y media de la mañana, las perras andan particularmente alborotadas, tienen prisa para salir al patio. Ladran y saltan más entusiastas que de costumbre. Aturdida y apurada por complacerlas -y paz para sus oídos- su dueña les abre la puerta. La pequeña manada de cuatro perras corren azarosas y con sus narices pegadas en la tierra olfateando ansiosas. En pocos segundos Graciela encuentra la razón del alboroto mañanero. Un pollito, asustado y mal herido está escondido entre las plantas. Se apuró a rescatarlo, antes de que las perras le pudieran hacer daño. Siente, un corazoncito que late a mil por horas entre sus manos y nota que le faltan unas cuantas plumas en su cuello.

-Creo que se salvó de ser cena de algún gato codicioso... - le explicó a la manada mientras lo llevaba dentro de la casa.

Cuidar del pollito herido, al inicio fue sencillo, su tamaño pequeño lo hacía caber en cualquier cajita. Las perras -una beagle gruñona y otras tres mestizas- nunca abandonaron su interés por el. Así que no podía dejarlo caminar libre, no al menos hasta que pudiera cuidarse solo.

El pollito se adaptó muy bien a su nueva vida, y Graciela se convirtió en su sol cada vez que el la veía. A medida que sanaba y crecía, demostró gusto por algunas comidas sobre otras. Graciela recordó que su abuela, alimentaba a sus gallinas con las sobras del almuerzo y decía que así los huevos serían más gustosos. No sabía si eso tenía algún tipo de lógica, pero comenzó a darle sobras de arroz, migas de pan junto con alimento especial para gallinas. El polluelo adoraba los espaguetis y las hojas de cilantro, se las comía con evidente apetito. Así que siempre que podía se las incluía en su dieta.

El protegido fue creciendo y fue desarrollando su personalidad. Las perras siempre estaban atentas de alguna oportunidad para atraparlo. No era sencillo ofrecerle al pollo un poco de luz solar y ejercicio para estirar sus alas, pasaba la mayor parte del tiempo en una habitación.

Una madrugada, a la hora de romper el sol, el polluelo dio un susto supremo. La casa se despertó con un grito desgarrador, una especie de berrido desafinado irrumpió la tranquilidad. Graciela se sobresaltó pensando que algo había ocurrido. Los chillidos continuaron y corrió hacia el. Al abrir la puerta, encontró al pollo parado encima de un armario. El pollo se estaba convirtiendo en gallo, tenía sus alas extendidas y había iniciado sus prácticas de canto. Graciela rio divertida pensando que no estaba al tanto de que el canto de los gallos se

iniciaba de una manera tan desafortunada.

Con su cuerpo de adolescente y más grandecito, comenzaba a mostrar unas elegantes plumas rojizas. Graciela pensó que podía ser un buen momento para liberar al cuasi gallo y ver cómo interactuaba con las perras. Afortunadamente todo salió bien, luego de satisfacer las curiosidades respectivas en un encuentro cercano bajo supervisión y sin acontecer ninguna eventualidad, el pollo comenzó formalmente a ser parte de la familia.

¿Quién diría que un pollo daría tanto trajín? Seguía a su protectora humana a todos lados, no le gustaba mucho estar en el patio trasero donde podría tranquilamente ser un pollo feliz. El mayor problema de seguirla por la casa era que cada cinco pasos que daba, dejaba un recuerdito en el piso muy incómodo y fastidioso. Colocó una reja para mantenerlo fuera de la casa, pero a los pocos días encontró la manera de posarse sobre ella y saltarla. Entonces comenzó a ahuyentarlo bajo el grito elegante francés de: "allez" pero las perras fueron las que entendieron rápidamente el comando; y no el pollo. ¡Allez! le decía cuando entraba a las casa, y las perras lo correteaban como si fuesen un pastor ovejero y lograban echarlo fuera. Pero al poco rato, el terco animal, estaba dentro de nuevo, caminando detrás de Graciela y dejando sus gracias.

Estas correrías comenzaron a crear animosidad entre el pollo y Sophie - la beagle- era como ver las caricaturas del gallo Claudio y el perro George de Looney Tunes, donde se hacían bromas pesadas el uno al otro todo el tiempo.

Si Sophie se echaba en el patio a llevar sol, el gallo, se le acercaba de a poco, de manera muy sigilosa, al estar cerca le picoteaba la cabeza y salía corriendo rápidamente antes de que a Sophie, le diera tiempo de reaccionar. Cuando la perra comía, el gallo se le metía en el plato y le robaba comida.

Así fue como se ganó el nombre de: Pran; por su comportamiento malandro. Sophie sólo gruñía y lo miraba con enojo, pero no lo mordía. Lo que envalentonó a Pran y se sintió libre de molestarla con total impunidad. Como todo un pran...

Eventualmente, Pran creció y se convirtió en un gallo adolescente muy elegante y hermoso. Comenzó a disfrutar más del patio y pasaba buen tiempo del día picoteando la tierra y las plantas. Cada mañana, a las cuatro de la madrugada comenzaba a cantar, cada vez más afinado y más fuerte. Graciela sintió algo de orgullo al ver cómo iba dejando de ser el pollito escuálido que rescató. Aprendió a atender por su nombre. Cuando era hora de comer, lo llamaba: ¡Pran! Y en diez segundos o

menos llegaba apuradito con su cuello erguido y revoloteando sus alas con algo de echonería en su andar. Las travesuras con Sophie seguían y la perra solo le gruñía a modo de advertencia. Hasta que un día -sí, siempre llega un día crucial- Sophie dijo: ¡¡no más gallo impertinente, no más!!

Luego de Pran picotearle cerca de un ojo mientras ella dormía, la beagle se levantó directo a morderlo. Pran corrió y cacareó, pero no pudo escapar... Sophie lo atrapó con agilidad y destreza típica de su raza y comenzó a desplumarlo ferozmente. Nunca la había visto así, sus ojos mostraban un frenesí intenso. Graciela se metió en medio para liberar al gallo, pero Sophie lo sujetaba con mucha fuerza. El gallo cacareaba pidiendo clemencia. Corrían por el patio, no los podía separar. Entonces pensó en distraer a Sophie con una salchicha y ver si captaba su atención y poder liberar al sufrido gallo. Solo así pudo rescatarlo. Cuando lo levantó del suelo, y vio todo el daño que la perra le había hecho sintió mucha tristeza. Pudo ver su piel expuesta y las heridas profundas que le había infringido.

Lo apartó, lo curó con paciencia, y a la semana, ya estaba como nuevo. Solo había que esperar que sus plumas volvieran a crecer.

Había sobrevivido.

Aún así, la animadversión de la perra por el gallo, no se aplacó, ni las ganas del gallo de picotearla. Cada animal, hacía honor a su naturaleza. La perra, cazar y el gallo, picotear. Era momento de buscarle un nuevo hogar a Pran, o Sophie le haría más daño. Así el joven gallo partió a otro solar, y con su partida la tranquilidad volvió a la casa.

Sophie disfruta tranquila sus siestas y Pran, debe andar picoteando a alguien más.

